

## VIDA CONSAGRADA:

### EL RETO DE MANIFESTAR AL MUNDO LA BELLEZA DE DIOS

El orden lógico de estas líneas responde al siguiente esquema: una vez puestas las bases de la doctrina filosófica tomista de la belleza y su radicación en el ser, nos centraremos en una de sus acepciones, la belleza espiritual y en concreto, en una de sus aplicaciones: la belleza de la vida consagrada como manifestación teologal de la Belleza de la vida trinitaria. Para ello nos serviremos de la reflexión del Santo acerca de lo propio de los estados de vida, en concreto lo propio del estado religioso, que completaremos con la doctrina de Juan Pablo II al respecto en la Exhortación Apostólica post sinodal sobre *La Vida consagrada*, del año 1996.

¿Cómo entiende, pues, la belleza Sto. Tomás de Aquino? Explicaremos brevemente las líneas fundamentales de los pensamientos esbozados por el Santo acerca de la belleza<sup>1</sup>. Si partimos de los entes, del nivel óptico, tenemos la experiencia de la belleza: hay seres bellos que, por su belleza, provocan en quienes los conocen un efecto fructivo. Ahora bien, ¿cuál es lo característico de su belleza? Recogiendo la tradición anterior, Sto. Tomás define tres condiciones de los seres bellos: la integridad, la proporción y la claridad.

“Para la belleza se requiere lo siguiente: Primero, integridad o perfección, pues lo inacabado, por ser inacabado, es feo. También se requiere la debida proporción o armonía. Por último, se precisa la claridad, de ahí que lo que tiene nitidez de color sea llamado bello”<sup>2</sup>.

Las tres condiciones remiten al ser, aunque sólo la última, la claridad, traspasa la frontera de las cualidades sensibles y se asienta en la forma del ente. La integridad es necesaria pero insuficiente, no basta que el ente esté completo en su modo de ser<sup>3</sup>. La proporción, entendida según analogía como aquella “relación resultante entre dos o más seres, o entre las parte de un ser cuando, a pesar de las diferencias, convienen en algo”<sup>4</sup> y que se manifiesta como un cierto orden, sigue siendo insuficiente en sí misma, por lo que aún necesita de la tercera condición: la claridad. Entendida analógicamente respecto a su sentido propio de la visión, la claridad es la “fuerza de manifestación de las cosas”<sup>5</sup> que brota de la entraña del ser concreto, de su

---

<sup>1</sup> La fuente fundamental de estudio que ha inspirado esta breve síntesis introductoria es la obra del P. Abelardo Lobato, *Ser y belleza*, en su segunda edición de 2005, Unión Editorial, Madrid. En ella se encuentra un desarrollo completo de la doctrina tomista de la belleza, en su relación con el ser, del que aquí sólo esbozaremos lo fundamental y necesario para poder centrarnos en la concreción teologal de la belleza propia de la vida consagrada.

<sup>2</sup> *Suma Teológica*, Ia, q. 39, a. 8. Utilizaremos ST para designar *La Suma Teológica*.

<sup>3</sup> “Lo perfecto es aquello a lo cual nada le falta conforme al modo de su perfección”. *ST*, Ia, q. 4, a. 1.

<sup>4</sup> A. Lobato, *Ser y belleza*, p. 100.

<sup>5</sup> Tomás de Aquino, *In II Sent.* dict. 13, 1, 2.

forma<sup>6</sup>. Es la forma la que constituye al ser, tanto en su orden interno y en la inteligibilidad que surge del acto de ser, como en su manifestación<sup>7</sup>. El orden que dispone las partes de manera proporcionada y perfecta es constituido por la forma, de tal manera que tal configuración interna resplandece externamente y manifiesta la belleza del ser.

Digamos algo en relación al origen de lo bello. De la constatación de que los seres son más o menos bellos, se deduce fácilmente que ellos no son la belleza en sí misma, sino que la poseen por participación<sup>8</sup> en el Ser que es la Causa primera de belleza. “Dios es la misma belleza”<sup>9</sup> y lo es debido a la eminencia de su ser; y como este es subsistente, también lo es la belleza. La pregunta por el origen último de la belleza lleva al Aquinate a afirmar que “La belleza de la criatura no es otra cosa que la semejanza de la divina Belleza participada en la criatura”<sup>10</sup>.

Por su estatuto ontológico podemos decir de cada persona que es bella de alguna manera. Nos lo permite la conversión entre el ser y sus atributos<sup>11</sup>. Sin embargo, y debido a nuestro carácter de seres libres, cada persona humana, tiene en sus manos perseguir el orden propio, de su naturaleza. Para ello debe poner en juego su libertad y esfuerzo. Es, por lo tanto, una “cierta conquista” para la que cuenta, ayudadas de la gracia, con la tendencia natural a la plenitud y con sus facultades superiores. La belleza espiritual del ser humano, por tanto, debe ser buscada igual que es buscado el fin último y para ello deben practicarse las virtudes, en tanto que hábitos que perfeccionan cada facultad, sus actos propios y, por esto, a la persona entera. En este sentido, Santo Tomás aplica a la honestidad el carácter de belleza espiritual:

“La belleza espiritual consiste en que la conducta del hombre, es decir, sus acciones, sea proporcionada según el esplendor espiritual de la razón. Ahora bien: esto pertenece a la razón de honesto”<sup>12</sup>.

La proporción según el orden de la razón, que incluye además la integridad, estarían presentes en el esplendor o claridad de la belleza espiritual, que es superior a la corporal.

La vocación personal, tanto en el estado de vida como en la profesión ejercida, forma parte de esta búsqueda, presente en todo proyecto de vida. Ahora bien, la vida consagrada es

<sup>6</sup> “Cada ser es bello y bueno por su propia forma” DN, c.4, lect. 5, n.355.

<sup>7</sup> “Lo bello dice, por añadidura sobre el ente, la relación de conveniencia que el ente apunta hacia un yo. Relación que tiene dos aspectos. Vista desde el fundamento, es el ente con capacidad para referirse al espíritu. Vista desde el término, es la aprehensión deleitosa del ente que se manifiesta. Inteligibilidad y perfección de la parte del ente; cognoscibilidad y apetito de la parte del yo”. (P. Lobato, *Ser y belleza*, p. 138).

<sup>8</sup> *ST*, Ia, q. 2, a. 3.

<sup>9</sup> *Ibid*, II-IIa, q. 145, a. 5, a. 2.

<sup>10</sup> *In Librum Beati Sionysii De Divinis Nominibus Espositio* .N., c. 4, lect. 5, n.353.

<sup>11</sup> Nos adherimos a las conclusiones del P. Abelardo Lobato en su libro *Ser y belleza*, por las que sitúa la belleza como un atributo del ser, especialmente el capítulo V, “La belleza en el despliegue nocional del ente”.

<sup>12</sup> *ST*, II-IIa, q. 145, a. 2

uno de los posibles estados de vida<sup>13</sup> que puede ser elegido en esa búsqueda, junto con el estado matrimonial. Cómo busca y de qué manera refleja o debe reflejar la perfección y, por lo mismo, la belleza es lo que procederemos a investigar a continuación.

Ciertamente, todo cristiano, al convertirse en hijo de Dios, hermano de Cristo y templo del Espíritu Santo, goza de una participación en el ser y en la belleza de la vida de la Trinidad. Esta participación se realiza de forma mística, pero real, a través de la gracia recibida en el bautismo que siembra en el alma las semillas de la vida divina, especialmente con las virtudes teologales: fe, esperanza y caridad, a cuyo crecimiento se debe colaborar. La vida divina intratrinitaria es de absoluta plenitud, donación y caridad entre las tres divinas Personas; lo que la caracteriza es, pues, el amor. “Dios es amor”, dice San Juan en su primera carta<sup>14</sup>.

Como todo bautizado, las personas llamadas a la vida consagrada aspiran a la perfección de la caridad<sup>15</sup> y a ella se comprometen<sup>16</sup>. Fuertemente atraída por Dios, “seducida en el secreto de su corazón por la belleza y la bondad de Señor”<sup>17</sup>, cada persona consagrada le da una respuesta de amor y entrega. Están llamadas, por esta razón y como consecuencia de su intimidad con Cristo, a ser resplandor de la belleza de Dios, tal como afirma Juan Pablo II:

“Con intuición profunda, los Padres de la Iglesia han calificado este camino espiritual como *filocalia*, es decir, amor por la belleza divina, que es irradiación de la divina bondad. La persona, que por el poder del Espíritu Santo es conducida progresivamente a la plena configuración con Cristo, refleja en sí misma un rayo de la luz inaccesible y en su peregrinar terreno camina hacia la Fuente inagotable de la luz. De este modo la vida consagrada es una expresión particularmente profunda de la Iglesia Esposa, la cual, conducida por el Espíritu a reproducir en sí los rasgos del Esposo, se presenta ante Él resplandeciente, sin que tenga mancha ni arruga ni cosa parecida, sino santa e inmaculada (cf. Ef 5, 27)”<sup>18</sup>.

---

<sup>13</sup> “Estado, propiamente hablando, significa una posición particular conforme a la naturaleza, con cierta estabilidad” (*S T*, II-IIa, q. 183, a. 1, in c.).

<sup>14</sup> *1 Jn* 4, 8.

<sup>15</sup> Siendo la contemplación de la verdad divina el fin último de la persona humana (*S T*, II-IIa, q. 180), declara el Aquinate, que tal contemplación no puede ser más que amorosa: “no sólo se ve sino que también se ama la verdad divina” (q. 180, a. 7). De aquí que la perfección de la vida cristiana consista en la caridad: “Se considera que una cosa es perfecta cuando alcanza el fin propio, que es su última perfección. Ahora bien: la caridad es la que nos une a Dios, que es el fin último de la mente humana, ya que “el que permanece en caridad permanece en Dios y Dios en él”, como se dice en *1 Jn* 4, 16. Por tanto, la perfección cristiana consiste principalmente en la caridad” *S T*, II-IIa, q. 184, a. 1, in c.

<sup>16</sup> Lo formal del estado de perfección, frente al del cristiano en general, es la decisión libre de obligarse “para siempre, con cierta solemnidad, a las cosas relacionadas con la perfección” (184, a.4, in c.).

<sup>17</sup> Juan Pablo II, *Vida consagrada*, n. 104.

<sup>18</sup> *Ibid*, nº 19.

Según esta hermosa cita, la vida consagrada<sup>19</sup> tiene la misión de reflejar la belleza de Dios haciendo resplandecer la luz divina. ¿Cómo puede llevarla a cabo? Nos ayudará, en busca de la respuesta a esta pregunta, indagar la manera en que las tres condiciones de lo bello se dan en la vida consagrada: integridad, proporción y claridad.

La integridad, según vimos, exige la perfección de un ser en la medida en que no le falta nada de lo que le es propio<sup>20</sup>. Según esto, en la vida consagrada debe estar presente lo esencial de la perfección cristiana que, de forma propia, es la caridad. Esta caridad, aunque no se posea de forma perfecta, debe ser el fin del consagrado y “está obligado a tender hacia ella y procurar adquirirla”<sup>21</sup>. Para conseguir lo cual, se debe excluir todo lo que se “oponga al movimiento de amor a Dios”<sup>22</sup>, pues la caridad a Dios es la forma eminente de la perfección, de la que deriva, como de una fuente, la caridad al prójimo.

El amor a Dios o caridad mueve a su contemplación “en cuanto éste nos inflama en orden a contemplar su belleza”<sup>23</sup>. Y en tanto que “disponen y perfeccionan” al alma para la contemplación de Dios, las virtudes morales poseen una “belleza participada”<sup>24</sup> según el orden de la razón.

Según esto, las virtudes aparecen como los medios para que en la vida consagrada se dé la proporción, segunda condición de la belleza. Las virtudes morales ordenan las facultades según el orden propio de la naturaleza humana, y facilitan la contemplación amorosa de Dios. Ellas aseguran la ordenada proporción entre las distintas facultades humanas. Dentro del conjunto de virtudes morales, destaca tres. Recoge así Sto. Tomás la tradición de la Iglesia que pone la práctica de los consejos evangélicos<sup>25</sup> –castidad, pobreza y obediencia- como

---

<sup>19</sup> Sto. Tomás habla de la vida religiosa y de estado de vida religiosa, mientras que en nuestro trabajo nos referiremos a la vida consagrada. La razón es que éste es un concepto más amplio, al incluir no sólo a las Órdenes e Institutos Religiosos sino también a los recientes Institutos Seculares que, desde su aprobación en 1947 por Pío XII, son reconocidos como estado de perfección en la Iglesia.

Las notas características que señala el santo son comunes a ambos: Si la religión es la “virtud por medio de la cual se ofrece algo para el servicio y culto de Dios”, serán religiosos “aquellos que se entregan totalmente al servicio divino, ofreciéndose como holocausto a Dios” (ST, q. 186, a 1, in c.).

<sup>20</sup> “Uno puede ser perfecto bajo dos aspectos. Primero, esencialmente, en cuyo caso se mira la perfección por aquello que pertenece a la misma naturaleza, por ejemplo, decimos que un animal es perfecto cuando no le falta nada en la disposición de los miembros o en otros elementos propios de la vida animal” (ST, 184, a. 1, ad 1.)

<sup>21</sup> ST, 186, a. 2, in c. La perfección absoluta de la caridad se da exclusivamente en Dios; el amor que “tiende siempre a Dios de un modo actual y siempre con todas sus fuerzas” sólo es posible en el cielo; en cambio sí es posible en esta vida la perfección “en cuanto se excluyan las cosas que se opongan al movimiento de amor a Dios” (184, a. 2, in c.).

<sup>22</sup> ST, II-IIa, 184, a. 2, in c.

<sup>23</sup> ST, II-IIa, 180, a. 1

<sup>24</sup> ST, II-IIa, 180, a. 2. ad. 3.

<sup>25</sup> Los consejos implican los mandamientos divinos del amor a Dios y al prójimo, que es común a todos los cristianos, pero dan un paso más al obligarse libremente, a través de los votos de pobreza, castidad y obediencia, a practicar siempre lo más perfecto. Así es como los consagrados se “entregan totalmente al servicio divino, ofreciéndose como holocausto a Dios” (ST, 186, 1)

específico de la vida consagrada, pero siempre subordinado a la consecución de la perfección en la caridad<sup>26</sup>.

Su primera misión es apartar los obstáculos que dificulten que el afecto se ponga totalmente en Dios<sup>27</sup>. Así, la pobreza deja el corazón libre de apegos de bienes terrenos que distraigan el afecto de Dios, y le permita así tender a Dios y ofrecerle su vida. La continencia o castidad hace posible que se dirija perfectamente la intención a Dios<sup>28</sup> sin desviarse a otros amores. En tercer lugar, la obediencia hace posible la instrucción que se exige en la vida consagrada como “escuela o ejercicio para llegar a la perfección”<sup>29</sup> en la que se obedece a los maestros que guían y orientan. Este voto es el más perfecto porque, a diferencia de los anteriores que reprimen las pasiones, éste ordena la vida a las acciones propias de la perfección, ofrece a Dios lo más excelente de uno -su voluntad propia<sup>30</sup>- e implica los otros dos<sup>31</sup>.

La fuerza, sin embargo, para la práctica de las virtudes procede de la relación de intimidad con Cristo, que se consolida gracias a la contemplación propia de la oración y al aumento de gracia sobrenatural que llega al alma a través de los sacramentos y la acción del Espíritu Santo, con sus virtudes y dones. Esta ayuda sobrenatural, que prometió Cristo a sus seguidores<sup>32</sup>, es la que realmente permite progresar en el camino de la caridad divina.

Este orden y proporción vividas en la vida consagrada requieren de su expansión e irradiación, con lo que se cumple con la tercera condición de la belleza: la claridad. Pues bien, la belleza de la perfección la encontramos, de forma esencial, en la exacta observancia de los preceptos de la caridad, a la que preparan y disponen según una ordenada proporción, pero es

---

<sup>26</sup> “Esencialmente la perfección en la vida cristiana consiste en la caridad: principalmente en el amor a Dios y secundariamente en el amor al prójimo, que son el objeto principal de los preceptos de la ley divina... De manera secundaria e instrumental la perfección consiste en los consejos” (ST, 184, a. 3, in c).

<sup>27</sup> ST, 186, a. 7, in c.

<sup>28</sup> La práctica del acto carnal, que excluye la continencia, impide la total dedicación al servicio de Dios por dos razones, la primera, por la intensidad del deleite y de la concupiscencia que le sigue, que borra “en el alma la perfecta intención de tender hacia Dios”, y “por los cuidados que le vienen al hombre” por su familia (ST, 186, a. 4, in c).

<sup>29</sup> ST, 186, a. 5, in c.

<sup>30</sup> “El hombre no puede dar a Dios nada más grande que el sometimiento de su voluntad a la de otro por Dios mismo” (ST, 186, a. 5, ad 5).

<sup>31</sup> De nuevo expresa el Papa Magno la sublimidad de este voto y su valor manifestativo de la belleza divina: “La obediencia, practicada a imitación de Cristo, cuyo alimento era hacer la voluntad del Padre (cf. Jn 4, 34), manifiesta la belleza liberadora de una *dependencia filial* y *no servil*, rica de sentido de responsabilidad y animada por la confianza recíproca, que es reflejo en la historia de la *amorosa correspondencia* propia de las tres Personas divinas”. Juan Pablo II, *Vida consagrada*, 21.

<sup>32</sup> “Como el sarmiento no puede dar fruto de sí mismo si no permaneciere en la vid, tampoco vosotros, si no permaneciereis en mí. Yo soy la vid, vosotros los sarmientos. El que permanece en Mí y Yo en él, ese da mucho fruto, porque sin Mí, no podéis hacer nada” (Jn 15, 4-5).

en los efectos de la caridad donde encontramos la claridad e irradiación de la belleza<sup>33</sup>. El orden y perfección internos fruto de la contemplación de Dios se traslucen al exterior a través de sus efectos propios<sup>34</sup>, al estilo de la fecundidad que brota de un auténtico amor<sup>35</sup>; y como este es un orden en el bien, tales efectos irradian y difunden bondad.

La carta magna paulina de la caridad<sup>36</sup> detalla la irradiación del amor: “El amor es paciente, es servicial; el amor no es envidioso, no hace alarde, no se envanece, no procede con bajeza, no busca su propio interés, no se irrita, no tiene en cuenta el mal recibido, no se alegra de la injusticia, sino que se regocija con la verdad. El amor todo lo disculpa, todo lo cree, todo lo espera, todo lo soporta”.

La auténtica vida contemplativa irradia caridad y pone en acción –en la vida activa que es así perfeccionada- obras concretas de caridad al prójimo<sup>37</sup>. De estas obras, la primera y más eminente consistirá en acercar al prójimo a Dios y su contemplación<sup>38</sup>, fin del apostolado. Ciertamente, la perfección no es exclusiva de la vida contemplativa, también se encuentra en la vida activa.

La irradiación de la belleza divina a otros se da por un doble cauce: dándola conscientemente, como fin buscado, a través de las obras de caridad y de apostolado, o brotando espontáneamente de la riqueza y del orden interior. La caridad puede buscar el bien espiritual o el corporal de las personas, y de estos es más útil al prójimo el primero, “puesto que los bienes espirituales son más excelentes”<sup>39</sup>. La labor realizada por la M. Teresa de Calcuta y sus Misioneras de la Caridad, por ejemplo, pertenecería a este tipo de obras externas, que brotan de la vida interior.

Estas obras se orientan a embellecer el rostro del prójimo cuando ha quedado afeado: “La búsqueda de la belleza divina mueve a las personas consagradas a velar por la imagen divina

---

<sup>33</sup> *ST*, 186, 2, in c. Algo pertenece a la perfección de tres modos: “la exacta observancia de los preceptos de la caridad en segundo lugar... como consecuencia, como efecto de la caridad, como puede ser el bendecir a quien nos maldice... En tercer lugar,... como medio y disposición; tal es el caso de la pobreza, castidad, abstinencia”.

<sup>34</sup> De esta manera “su acción brota de la contemplación de lo divino” (*ST*, 188, a. 2, ad. 1).

<sup>35</sup> Los santos se refieren a estos destellos como si fueran hijos espirituales de su amor a Cristo “Pido a Jesús que me atraiga en las llamas de su amor, que me una a Él tan estrechamente que viva y obre dentro de mí. Siento que cuanto más se abra mi corazón en su amor, y cuanto más diga: “atráeme”, tanto más las almas que se acerquen a la mía correrán veloces al olor de los perfumes del amado”. (Santa Teresa de Lisieux; *Obras completas*; Editorial Monte Carmelo, 1990 7ª, pág. 245, pár. 42.)

<sup>36</sup> *1 Cor* 13, 4-7.

<sup>37</sup> “Al amor de Dios se ordena directamente la vida contemplativa, que se propone dedicarse sólo a Dios, mientras que del amor al prójimo se ocupa la vida activa, que ayuda al prójimo en sus necesidades. Y así como la caridad hace que se ame al prójimo por Dios, así también la ayuda prestada al prójimo es servicio hecho a Dios” (*ST*, 188, a. 2, in c).

<sup>38</sup> “Cuanto más acerca el hombre su alma o las de los otros a Dios, tanto más aceptable se hace su sacrificio” (*ST*, 182, a. 2, ad. 3).

<sup>39</sup> *ST*, 188, 4, in c.

deformada en los rostros de tantos hermanos y hermanas”<sup>40</sup>. La vida consagrada, en sus carismas, es una poderosa contribución a la “edificación de la caridad”<sup>41</sup>.

La misma vida consagrada irradia por sí misma, como efecto espontáneo, la belleza de una vida transfigurada en Dios. Por medio de este resplandor cumple su misión escatológica: recordar a los hombres su destino final, Cristo, “infinita belleza que, sola, puede satisfacer totalmente el corazón humano”<sup>42</sup>, ante la cual palidecen todos los bienes de la tierra. Una especial misión se le encomienda a la mujer consagrada: “ser de una manera muy especial, y a través de su dedicación vivida con plenitud y con alegría, *un signo de la ternura de Dios hacia el género humano*”<sup>43</sup>.

El amor fraterno entre los consagrados debe ser, además, testimonio del mismo amor que se da entre las Personas divinas. La vida consagrada ha contribuido “a mantener viva en la Iglesia la exigencia de la fraternidad como confesión de la Trinidad. Con la constante promoción del amor fraterno en la forma de vida común, pone de manifiesto que la participación en la comunión trinitaria puede transformar las relaciones humanas, creando un nuevo tipo de solidaridad. Ella indica de este modo a los hombres tanto la belleza de la comunión fraterna, como los caminos concretos que a ésta conducen”<sup>44</sup>.

Son muchos los ejemplos de tal resplandor, pero baste citar al Pobre de Asís, extasiado ante la belleza del Creador en sus criaturas, la constante caridad de Vicente de Paul, sea entre los condenados a galeras o entre los pobres, o, más recientemente, al incansable P. Hurtado que hace nacer el Hogar de Cristo de su gigante caridad a Dios, o la M. Teresa de Calcuta que, con su sonrisa y entrega, devolvió la dignidad a tantos pobres de cuerpo y alma.

De todo lo visto, podemos concluir que la vida consagrada está llamada a manifestar la belleza espiritual por su dedicación a Dios y porque sus acciones son “proporcionadas según el esplendor espiritual de la razón”<sup>45</sup>. Este es el desafío de la vida consagrada: mostrar “un rayo de la divina belleza que ilumine el camino de la existencia humana”<sup>46</sup>.

María Esther Gómez de Pedr

---

<sup>40</sup> *Vida consagrada*, 75.

<sup>41</sup> *Ibid*, 48.

<sup>42</sup> *Vida consagrada*, 16. “A la *vida consagrada* se confía la misión de señalar al Hijo de Dios hecho hombre como la *meta escatológica a la que todo tiende*, el resplandor ante el cual cualquier otra luz languidece, la infinita belleza que, sola, puede satisfacer totalmente el corazón humano. Por tanto, en la vida consagrada no se trata sólo de seguir a Cristo con todo el corazón, amándolo « más que al padre o a la madre, más que al hijo o a la hija » (cf. *Mt* 10, 37), como se pide a todo discípulo, sino de vivirlo y expresarlo con la *adhesión «conformadora» con Cristo de toda la existencia*, en una tensión global que anticipa, en la medida posible en el tiempo y según los diversos carismas, la perfección escatológica”.

<sup>43</sup> *Vida consagrada*, 57.

<sup>44</sup> *Ibid*, 41.

<sup>45</sup> *ST*, II-IIa, 145, a. 2.

---

<sup>46</sup> *Vida consagrada*, 9.